



EL DISCURSO NO ES DESTINO

Debates feministas
sobre el cuerpo,
la naturaleza
y las ciencias

MARÍA INÉS LA GRECA
MARIELA SOLANA
♦ COMPILADORAS ♦



MADRESELVA

El libro surge de las actividades realizadas por el proyecto PICT “Entre la materia y el discurso: una revisión de las teorías feministas a la luz del nuevo materialismo” (2021-2023). Del proyecto participaron investigadores de UNAJ, UNTREF, UNC Y UBA. Fue financiado por la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación.

María Inés La Greca es doctora en Filosofía (UBA). Es docente en UBA y UNTREF, investigadora de CONICET y coordinadora de la Red Interdisciplinaria de Estudios de Género y del Programa de Estudios Interdisciplinarios de Género (CIEA-UNTREF).

Mariela Solana es doctora en Filosofía (UBA) e investigadora de CONICET. Es docente y directora del Programa de Estudios de Género en la Universidad Nacional Arturo Jauretche.

El discurso no es destino: debates feministas sobre el cuerpo, la naturaleza y las ciencias / María Inés La Greca ... [et al.]; Compilación de María Inés La Greca; Mariela Solana. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Madreselva, 2024.

296 p.; 20 x 13 cm.

Traducción de: Renata Prati.

ISBN 978-987-3861-74-1

1. Feminismo. 2. Ciencias Naturales. 3. Materialismo. I. La Greca, María Inés, comp. II. Solana, Mariela, comp. III. Prati, Renata, trad. CDD 305.4201

El discurso no es destino

Debates feministas sobre el cuerpo, la naturaleza y las ciencias

María Inés La Greca, Mariela Solana, Donna Haraway, Renata Prati, Julieta Massacese, Eduardo Mattio, Karen Barad, Lucía Ariza, Lu Ciccía, Ariel Martínez

Traducciones de Renata Prati

Haraway, Donna Jeanne. "A Game of Cat's Cradle: Science Studies, Feminist Theory, Cultural Studies." *Configurations* 2:1 (1994), 59-71. © 1994 The Johns Hopkins University Press. Reprinted with permission of Johns Hopkins University Press.

Used with permission of University of Chicago Press - Journals, from "Posthumanist Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter" in *Signs*, Barad, Karen, vol. 28, no. 3 (1975), 801-831; permission conveyed through Copyright Clearance Center, Inc.

© ⓘ \$ Esta edición se realiza bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial 2.5 Argentina. Por lo tanto, la reproducción del contenido de este libro, total o parcial, por los medios que la imaginación y la técnica permitan sin fines de lucro y mencionando la fuente está alentada por los editores.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Tipografía del interior Adobe Caslon Pro.

El discurso no es destino

*Debates feministas sobre el cuerpo,
la naturaleza y las ciencias*

María Inés La Greca

Mariela Solana

Donna Haraway

Renata Prati

Julieta Massacese

Eduardo Mattio

Karen Barad

Lucía Ariza

Lu Ciccia

Ariel Martínez



MADRESELVA

Introducción

María Inés La Greca

Mariela Solana

“La biología no es destino” es una de las expresiones más conocidas de la segunda ola feminista. Con la simplicidad y contundencia de los eslóganes, esta frase logra capturar dos de los esfuerzos teóricos más significativos de este movimiento: el rechazo a las explicaciones biologicistas de la desigualdad de género y la insistencia en que lo que creíamos que era producto de la naturaleza es, en realidad, efecto de fuerzas sociales, políticas e históricas. En los últimos años, no obstante, tanto la crítica a las ciencias biológicas como el construccionismo social están siendo cuestionados. Este cuestionamiento proviene de frentes diversos, algunos más vinculados a la academia y otros al activismo.

Dentro del mundo académico, son los nuevos materialismos feministas quienes articulan con más vehemencia la crítica a cierto “exceso” del feminismo construccionista. Este nuevo campo sospecha de aquellas perspectivas feministas que priorizan el estudio de los discursos o representaciones sobre el cuerpo y la naturaleza en detrimento del análisis de la materialidad misma que conforman estos fenómenos (Hird, 2003; Barad, 2007; Hester, 2018). Además, proponen que una vía idónea para atender a esta materialidad es recuperar los aportes de las ciencias que se dedicaron a su estudio (como la física, la biología, el evolucionismo, las neurociencias). Los nuevos materialismos objetan que cuando el feminismo proclama que “la biología no es destino” termina refrendando una noción simplista de la biología, entendida en su doble acepción: como vida y como disciplina que estudia esa vida. Este eslogan no haría justicia al dinamismo, contingencia y agencia de los organismos biológicos ni reconocería que las ciencias naturales pueden ofrecer un marco teórico no determinista.

Esta crítica al énfasis “excesivo” en el discurso y a la falta de atención al cuerpo sexuado encuentra resonancia en una corriente política que, en los últimos tiempos, generó un quiebre al interior del feminismo: el movimiento radfem¹. Este movimiento también cuestiona la dirección que han tomado los estudios y las políticas de género recientemente; por ejemplo, considera que el género no es algo que haya que multiplicar (como sucede con los géneros no binarios) sino algo que debemos abolir (por ser un sistema opresivo hacia las mujeres). Frente al carácter opresivo del género en cuanto sistema, reivindican el sexo femenino como fundamento de la lucha feminista. El sexo, a diferencia del género, es entendido como una base material que distingue a varones y mujeres; no es un asunto de “asignación” cultural sino de medición objetiva. Estos enfoques también recurren a las ciencias naturales, pero con un fin diametralmente opuesto al que persigue la mayor parte de los nuevos materialismos.² Lejos de

1 Seguimos a Julieta Massacese cuando afirma que el movimiento radfem es un fenómeno novedoso pero con cierta continuidad con el feminismo precedente. Por un lado, se trata de “un movimiento político relativamente nuevo, de composición juvenil, organizado primariamente a través de Internet” (Massacese, 2023); en la escena política argentina, cobró notoriedad a principios del 2019, en el marco de la asamblea organizativa del IV Paro Internacional Feminista. Por otro lado, es un movimiento que hunde sus raíces en la larga tradición del feminismo radical y que suele reproducir posturas transexcluyentes que preexisten a su manifestación contemporánea.

2 Dentro de los nuevos materialismos, la teoría de la diferencia sexual de Elizabeth Grosz es la que resuena más fuertemente con estas posiciones. Si bien Grosz ha argumentado a favor de repensar la materialidad, reconociendo su naturaleza dinámica, abierta y procesual (1994; 2004), cuando caracteriza la diferencia sexual tiende a caer en posturas cissexistas, binarias y fundacionalistas difíciles de conciliar con el resto de su obra (Grosz, 1994; Grosz y Wolfe, 2014). Para un análisis de estas dificultades en la obra de Grosz, ver Salamon (2010), Solana (2022).

problematizar o volver queer lo que cuenta por naturaleza (para retomar la expresión que usa Donna Haraway en el capítulo uno de este libro), los movimientos radfem buscan anclar la identidad de varones y mujeres en un sustrato material considerado fáctico, inmutable, binario e independiente de nuestras interpretaciones culturales.

Si bien entre los nuevos materialismos feministas y los movimientos radfem hay grandes distancias, también hay similitudes: ambos ponen en primer plano cierta insatisfacción con aquello que, hace poco tiempo, era considerado el gran logro teórico y político del feminismo contemporáneo: la noción de género como construcción social. Lo más sorprendente de todo esto es que esta crítica coincide con una tendencia contraria: la circulación masiva de nociones como “construcción”, “deconstrucción” y “desnaturalización” en la esfera pública tras el “Ni una menos” (2015). ¿Cómo puede ser que mientras algunas teorías sostienen que el construccionismo está agotado, escuchemos frecuentemente que “todo es una construcción” y que tenemos que “deconstruirnos”? ¿Por qué algunos movimientos (*i. e.*, radfem) acuden a la biología para ofrecer una noción fundacionalista del cuerpo sexuado mientras que otras teorías (*i. e.*, las versiones más interesantes de los nuevos materialismos) recurren a las ciencias naturales para mostrar todo lo contrario?

Este tipo de interrogantes fueron la inspiración para un ciclo de encuentros con especialistas de nuestro país. Decidimos denominar al ciclo “El discurso no es destino” no solo como un guiño al eslogan feminista sino también como una forma de hacernos cargo de la discusión en torno a la productividad y/o agotamiento de las nociones de discurso, lenguaje y construcción. Quienes organizamos el ciclo formamos parte de un proyecto PICT titulado “Entre la materia y el discurso: una revisión de las teorías feministas a la luz del nuevo materialismo” y provenimos de distintos centros de investigación de universidades públicas

(UNAJ, UNTREF, UNC, UBA).³ La meta de nuestro proyecto es evaluar la fortaleza y/o debilidades de los argumentos construccinistas feministas de cara a las críticas recibidas no solo por los nuevos materialismos sino también por autoras posestructuralistas como Judith Butler y Joan W. Scott.

Este libro recupera algunas de las intervenciones de quienes participaron del ciclo (Ariza, Ciccía, Martínez, Massacese) y suma ensayos escritos por miembros del proyecto (La Greca, Mattio, Prati, Solana). Si bien todos los textos abordan problemas anudados, no todos acuerdan en cómo leer los nuevos materialismos, en cómo caracterizar la relación entre feminismo y ciencia o en cuál es el diagnóstico sobre el estado actual de las ciencias sociales y humanidades. Creemos que esta heterogeneidad de posiciones es una virtud y dejamos en manos de los lectores la tarea de evaluar la productividad de cada propuesta. Este pluralismo, no obstante, no implica relativismo. Uno de los acuerdos del libro es rechazar el esencialismo a la hora de caracterizar el sexo y el género, ya sea en términos biológicos o sociales. Nos hacemos eco del lema feminista “la biología no es destino” pero no como un modo de alejarnos de las ciencias biológicas sino como una invitación a explorar nociones, modelos y figuras biológicas que muestren el carácter sorprendente, contingente y dinámico del cuerpo y la materia. Pero si la biología no es destino, creemos que tampoco lo es el discurso. De nada sirve multiplicar las imágenes alternativas de lo natural si vamos a seguir pensando que el discurso es solo lo que fija, detiene, coagula. Lo que busca este libro es problematizar el pensamiento dicotómico y echar un manto de duda sobre cualquier determinismo, ya sea natural o social.

Además de los ensayos de pensadores locales, incluimos dos traducciones de textos claves para debatir el vínculo entre feminismo, ciencia y materialismo: “Jugar a la cuna de gato: estudios de la ciencia, teoría feminista y estudios culturales” de Donna

3 Este libro no hubiera sido posible sin el apoyo de la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación.

Haraway y “Performatividad poshumanista: repensar la materia” de Karen Barad. Elegimos a estas autoras porque construyen sus tesis sosteniéndose sobre el andamiaje creado por los feminismos posestructuralistas, no tirándolo abajo. Como explicaremos mejor en los próximos apartados, nuestra tesis es que Haraway puede ser un eslabón (no) perdido entre las dos tradiciones que nos interesa vincular: el construccionismo y el materialismo.

El discurso no es destino toma la crítica neomaterialista no como una certeza (de hecho, varios ensayos la cuestionan) sino como una oportunidad para revisar la relación compleja, cambiante y dinámica entre feminismo, naturaleza, cuerpo y ciencia. Para nosotras como editoras, no se trata de argumentar a favor de un giro material en detrimento del giro lingüístico, ni de volver a la ontología, dejando de lado la epistemología, ni mucho menos de retornar a lo real, abandonando el construccionismo. Creemos que este modo maniqueo de pensar nuestras disciplinas no da cuenta de las complejidades de cada campo, ni reconoce los importantes legados de los feminismos anteriores. Lo que sí nos interesa es nutrirnos de estos enfoques con el fin de torsionar, enrarecer y volver menos obvias las dicotomías entre naturaleza y cultura, entre ciencia y sociedad, y entre feminismo y biología. ¿Qué sucedería si dejáramos de pensar en la naturaleza como sinónimo de esencialismo e inevitabilidad para considerar, en cambio, su capacidad de transformarse, de abrirse a lo nuevo, de intra-actuar con lo que llamamos social (retomando el neologismo que introduce Barad en el capítulo cinco)? ¿Qué diálogos existen (o debemos promover) entre los feminismos y las ciencias naturales? ¿Cómo podemos mantener viva la metáfora de la “construcción social” del género y la sexualidad después de la crítica radical que sufrió dentro y fuera de la teoría feminista? ¿Qué herramientas tenemos (o debemos inventar) para comprender el enredo entre política y naturaleza, entre el sentido y la materia?

Los (no tan) nuevos materialismos

Muchos de los ensayos que conforman este libro se enmarcan dentro de los nuevos materialismos; otros, si bien recuperan algunas de sus tesis, mantienen una postura más distanciada. En esta sección, analizamos por qué este campo genera tanta admiración y tantas sospechas.

Pero primero, ¿qué entendemos por nuevos materialismos? En varios de los libros y compilaciones en torno a los nuevos materialismos que empezaron a aparecer a mediados de los 2000, este campo es presentado como un intento de revalorizar el costado desdeñado de la distinción sentido/materia (Barad, 2007; Grosz, 2004; Hird, 2003; Wilson, 2021). Si la filosofía occidental tendió a privilegiar el pensamiento, la mente y el lenguaje, los nuevos materialismos argumentan en favor de atender a la materia, la naturaleza y la vida como aspectos clave en la constitución del sujeto y su entorno. Esta reivindicación de la materia implica, asimismo, una reconsideración de las teorías y metodologías adecuadas para llevar adelante tal tarea. Es por eso que las perspectivas previas, como la desplegada por el feminismo posestructuralista, son tildadas de deficientes o insuficientes. Como señala Myra Hird, cuando las feministas estudian la materia se limitan a pensar cómo los seres humanos interactúan con la materia, “como si no hubiera un afuera o más allá del contexto cultural” (2004: 224). También se sostiene que, en lugar de privilegiar el estudio de cómo la sociedad manipula y controla los cuerpos, el objetivo es vislumbrar “la productividad y resiliencia de la materia” (Coole y Frost, 2010: 7). En esta línea, algunas autoras recuerdan que nuestro cuerpo se reproduce a sí mismo de forma constante e inconsciente, en un acto de *autopoiesis* cuyo resultado es la renovación del 98% de nuestros átomos cada año y un reemplazo completo de todas nuestras células cada siete (Hird, 2004; Grosz y Wolfe, 2014). Para los nuevos materialis-

mos, la materia es activa, resiliente y capaz de autoorganizarse, incluso a contrapelo de las restricciones sociales.⁴

Esta forma de pensar lo material marca afinidades con otro campo que en los últimos tiempos ha cobrado importancia: el poshumanismo. Como señala Karen Barad, ninguna teoría que pretenda tomar en cuenta la materialidad en toda su historicidad puede admitir una distinción entre humano y no humano como parte de sus premisas. En el capítulo cuatro, Eduardo Mattio también vincula el materialismo al poshumanismo y reivindica el esfuerzo por llevar la relacionalidad y la interdependencia más allá de los límites de lo humano. Mattio argumenta que esto es clave si queremos no solo *pensar* sino *reparar* el daño que el Antropoceno acelera. El autor vincula el poshumanismo de Braidotti y la epistemología rumiante de Lucrecia Masson con el fin de imaginar una forma de vida capaz de desmontar el orden neoliberal, colonial, cisheteropatriarcal y antropocéntrico en el que se masaca el mundo humano y no humano.

La importancia de tomar en serio la capacidad agéntica de la materia, tanto orgánica como inorgánica, tanto animada como inanimada, es un punto que se reitera a lo largo del libro. En el capítulo seis, Lucía Ariza parte de estas ideas para reconocer al embrión como una entidad agente que, si bien se entrama con la acción humana, no se pliega del todo a ella. Lo interesante es que esta forma de concebir el embrión surge de sus entrevistas con profesionales de la reproducción asistida en Argentina. El marco teórico neomaterialista es lo que le permite escuchar estos relatos biológicos no reduccionistas. Mariela Solana, en el capítulo

4 Si bien no tenemos lugar aquí para detenernos en la noción de *autopoiesis* y sus múltiples usos, es importante recordar la advertencia de Haraway: “Los sistemas autopoieticos son interesantísimos: atestiguan la historia de la cibernética y las ciencias de la información. Pero no son buenos modelos para mundos vivos y agonizantes y sus bichos [...]. La *poiesis* es sinchthónica, simpoiética, siempre asociada, sin ‘unidades’ de inicio y las consiguientes ‘unidades’ interactivas” (2019: 63).

siete, también recupera la agencia de los átomos y las bacterias con miras a ampliar las ideas de indeterminación y contingencia más allá del ámbito del género y la sexualidad humana. Si bien su ensayo celebra esta ampliación, también se detiene en una serie de problemas epistémicos y políticos que conlleva.

Los nuevos materialismos sospechan de la metáfora de la construcción social. La materia, afirman, es mucho más que sus representaciones discursivas y puede generar acciones independientemente de la voluntad humana. Para poder capturar ese exceso, arguyen, tenemos que superar la mirada estrictamente construccionista que dominó el campo de las humanidades y ciencias sociales hasta ahora. El punto interesante para nuestra mirada no es volver al materialismo olvidando que existen relaciones de poder que articulan los procesos de materialización. En la teoría neomaterialista hay una fuerte apuesta antidualista, inspirada por la obra de Haraway y de Barad, y su insistencia en pensar los enredos entre sentido y materia, entre construcción y realidad; en otras palabras, se trata de tomar en serio no tanto la naturaleza, sino más bien la *naturocultura*. En el capítulo ocho, Renata Prati se hace eco de esta demanda cuando propone que escuchar al cuerpo es escuchar también el impacto de fuerzas sociales, históricas, políticas que se inscriben en el cuerpo. Su ensayo examina dos malestares, la depresión y el trastorno disfórico premenstrual, para mostrar que no hace falta elegir entre dos polos: atender al organismo o atender al poder. Prati reconoce que sin polos es difícil orientarse pero nos invita a enfrentar las ambigüedades y paradojas que aparecen cuando pensamos al unísono lo biológico y lo político. Julieta Massacese, en el capítulo dos, también argumenta en favor del enfoque de la *naturocultura* para imaginar una nueva forma de constructivismo, compuesto por humanos y no humanos, vivientes y máquinas, alejado del voluntarismo y del humanismo. Su ensayo nos lleva a un lugar poco común y ciertamente incómodo, un lugar poblado por las "curiosas criaturas" de los construccionismos conservadores y los biologicismos progresistas.

El esfuerzo neomaterialista por evadir el dualismo, no obstante, es más fácil de anunciar que de poner en práctica y muchas veces reaparece en sitios inesperados. El texto de Solana, por ejemplo, intenta mostrar que cuando los nuevos materialismos argumentan que el feminismo y la teoría queer necesitan a las ciencias naturales para recuperar una base empírica, se reinstala subrepticamente no solo una división ontológica entre lenguaje y realidad sino una jerarquización entre las ciencias “duras” y “blandas”. La crítica a la subestimación de las ciencias sociales y las humanidades (y la sobrevaloración de las ciencias naturales) aparece también en el capítulo tres, escrito por María Inés La Greca. Esta subestimación, que en nuestro país se reactualiza cada vez que se discute el valor y utilidad de organismos científicos como CONICET, le sirve a la autora de puntapié para revisar los entrelazamientos entre la teoría, la academia y el activismo feminista. Esto lo hace examinando dos nociones que surgieron de las humanidades pero que adquieren una vida pública propia: construcción social y deconstrucción.

Esta recuperación neomaterialista de las ciencias naturales se anuda con su crítica a la metáfora de la construcción social como eje articulador de las teorías feminista y queer hegemónicas. En varios relatos de los nuevos materialismos se afirma que el feminismo y la teoría queer sobredimensionan el valor del construccionismo porque son profundamente biofóbicos (Sedgwick y Frank, 1995; Wilson, 2004; 2021; Grosz, 2004). En el capítulo final, Ariel Martínez recupera esta crítica a la somatofobia en su lectura del cruce entre feminismo, teoría queer y psicoanálisis. El autor propone poner en suspenso la sospecha a la biología con el fin de restituir la materialidad del género. Para eso, despliega una ontología fundada en la negatividad para evadir tanto el esencialismo como el constructivismo social.

Según estas perspectivas neomaterialistas, el problema del feminismo sería doble. En primer lugar, se dice, el feminismo suele ver a la biología como un engranaje más en la máquina heterocispatriarcal. Así, concentra todos sus esfuerzos en identificar

los sesgos de género, raza y clase que aparecen en los desarrollos científicos. Pero la biología es mucho más que esto, sostienen los nuevos materialismos, y no todas sus teorías son funcionales a la opresión de las minorías. En segundo lugar, el feminismo suele considerar que afirmar que un fenómeno es “natural” o “biológico” equivale a anunciar que es fijo, determinista, necesario y/o automático. Como se afirma en el epígrafe del texto de Barad, creer que la naturaleza es ahistórica y atemporal es parte del viejo cuento antropocéntrico. Frente a esto, los nuevos materialismos invocan otras nociones y modelos (provenientes de la biología, la física cuántica, las neurociencias, etc.) que dan cuenta del carácter complejo, inestable, frágil, mutable y dinámico de la materia.

Esta mirada menos paranoica y más reparadora con respecto a las ciencias biológicas, para usar los términos de Sedgwick (2018), es una de las promesas de los nuevos materialismos de las que este libro se hace eco. Como vimos, Martínez y Ariza asumen la crítica al construccionismo y a la biofobia con el fin de mostrar qué caminos alternativos se abren para los estudios feministas y queer cuando lo biológico deja de ser considerado como sinónimo de determinismo e inmutabilidad. Otros textos, sin embargo, adoptan una perspectiva un poco más ambigua. En el capítulo nueve, Lu Ciccía demuestra que siguen apareciendo sesgos androcéntricos y patriarcales en la producción de conocimiento neurocientífico sobre la depresión. De cara a esto, su ensayo desarrolla la idea de *suceso placebo* como una forma de repensar la relación entre el fenómeno placebo y los antidepresivos desde una lectura materialista no reductivista. Como adelantamos, Massacese interviene en el debate sobre la preferencia por el construccionismo o el biologicismo a partir de una estrategia lateral: su meta es impugnar la pregunta misma rompiendo la asociación habitual entre construccionismo y progresismo, por un lado, y entre reduccionismo biológico y conservadurismo, por el otro. Algo similar hace Prati cuando propone separar nociones que, muchas veces, aparecen como sinónimas: biologizar, patologizar y medicalizar. Como muestra en su ensayo, no siempre

biologizar implica patologizar y no siempre biologizar conduce a una postura biologicista.

Para sintetizar, a lo largo del libro se recuperan varias tesis neomaterialistas: la invitación a dialogar con las ciencias naturales; la ampliación más allá de lo humano de nociones como agencia, dinamismo y contingencia; la puesta en discusión de la metáfora de la construcción social. Sin embargo, también hay gestos de los nuevos materialismos que provocan dudas o sospechas entre varias de las personas que participamos de este libro. En particular, lo que es señalado como problemático es el modo en que muchos relatos neomaterialistas presentan la teoría feminista y queer. Por un lado, y siguiendo a Sara Ahmed (2008) y Clare Hemmings (2005), quienes firmamos esta introducción ponemos en duda la narrativa que justifica el surgimiento del nuevo materialismo apelando a cierto agotamiento o anacronismo de modelos feministas previos asociados al “giro lingüístico”, “construccionismo radical”, “giro culturalista”, “textualismo”. Como argumenta el ensayo de La Greca, este diagnóstico no puede hacerse de forma descontextualizada. En los próximos apartados, definimos el contexto en el que nos interesa intervenir con este libro, un contexto que no es el mismo que le preocupa a los nuevos materialismos anglosajones. Por otro lado, nos llama la atención que, cuando se afirma que el feminismo no se interesó por el cuerpo biológico, que malinterpretó la materia o que sufre de biofobia, no suelen brindarse referencias bibliográficas concretas que lo respalden. Como señala Hemmings, este tipo de relato “está particularmente interesado en leer generalidades en vez de complejidades” y “celebra ‘lo nuevo’ como incontaminado por lo que sea que se esté trascendiendo” (2005: 555). Descartar de un plumazo los aportes de una tradición tan signada por la pluralidad y la disputa conceptual como es el feminismo es sospechoso, incluso irresponsable. En la próxima sección mostraremos que el feminismo ha mantenido una relación compleja con la biología, entendida en su doble acepción, como vida y como

estudio de la vida. Es por eso que, recuperando una expresión de Mattio, titulamos esta sección “(no tan) nuevos materialismos”.

El feminismo ha sido el escenario de fructíferas discusiones sobre qué significa el construccionismo y cuál es el papel del discurso en la constitución del sujeto. De nuevo, esto no es algo tan novedoso, y no ha acontecido solo en el marco de las epistemologías feministas de los ochenta y noventa sino incluso en el feminismo más atacado por los nuevos neomaterialismos: el posestructuralista. Como editoras, celebramos que los nuevos materialismos propongan un trato menos paranoico, más matizado y más hospitalario de las ciencias naturales, pero creemos que este mismo trato debería aplicar para los feminismos y los estudios queer que los anteceden.

Revisar el modo en que contamos historias sobre nuestro pasado disciplinar no es menor. Como reza el epígrafe del ensayo de Mattio: “Importa qué pensamientos piensan pensamientos, importa qué historias cuentan historias” (Haraway, 2019: 71). Si bien ha habido cambios en el modo de tramar la historia de las ciencias sociales y las humanidades,⁵ todavía es común armar enemigos fáciles de atacar y exagerar los males del pasado (Solana, 2017). Este gesto fundante no es el que queremos avalar en este libro. Si, como señala Hemmings, “el tipo de historias que contamos sobre el pasado siempre está motivada por la posición que uno ocupa o desea ocupar en el presente” (Hemmings 2011: 13), quisiéramos explicitar la posición que queremos ocupar como editoras. Como ya adelantamos, nuestra meta es nutrirnos

5 El relato rupturista respecto al posestructuralismo, que aparecía en compilaciones y reseñas sobre los nuevos materialismos a mediados de los 2000, se ha suavizado con el correr del tiempo. En la arena feminista, cabe comparar el gesto más distanciado que aparecía en la introducción del libro *Material Feminisms*, editado por Stacy Alaimo y Susan Heckman en 2008, con la perspectiva más matizada y dialógica de la introducción de *Mattering. Feminism, Science and Materialism*, editado por Victoria Pitts-Taylor en 2016.

de tradiciones de pensamiento que nos ayuden a pensar el cuerpo sexuado y las relaciones sociales y políticas en toda su complejidad. Así, compartimos las preguntas filosóficas que preocupan a los feminismos, nuevos materialismos y poshumanismos varios: cómo caracterizar la agencia, cómo articular sexo y género, cómo entender el construccionismo, con qué herramientas capturar los enredos semiótico-materiales, cómo propiciar el diálogo entre feminismos y ciencias naturales. Pero también tenemos interrogantes que son propios de nuestro aquí y ahora. ¿Por qué la noción de construcción social es atacada desde la academia anglosajona pero recuperada en la esfera pública local tras el “Ni una menos” (como plantea La Greca en su artículo)? ¿Cómo tomar en serio las nociones de sexo, materia y cuerpo sin caer en posturas fundacionalistas como la de los feminismos transexcluyentes y los movimientos antigénero? ¿Cómo forjar una alianza entre las vertientes antiesencialistas de los feminismos y las ciencias naturales sin arrastrar preconceptos que abonan jerarquías contraproducentes (por ejemplo, que la tarea de las ciencias es ofrecer una base empírica y la del feminismo, criticar lo que proviene de las ciencias)?

No nos interesa elegir bandos ni defender un campo teórico en detrimento de otro; tampoco queremos sumarnos a la patrulla del tiempo estableciendo quién es novedoso y quién es *demodé*. Desde los feminismos del sur sabemos que las acusaciones de atraso y anacronismo suelen ser parte de una política temporal que solo beneficia a quienes ocupan el lugar del progreso (que no es un espacio dado sino asignado y no suele ser ocupado por los feminismos del sur). Aprovechemos la supuesta marginalidad geográfica y política de nuestra producción teórica para desentendernos del culto a las modas, a los giros y a los grandes relatos importados.

Índice

Introducción.....	7
María Inés La Greca y Mariela Solana	
Jugar a la cuna de gato: estudios de la ciencia, teoría feminista y estudios culturales.....	35
Donna J. Haraway	
Curiosas criaturas	
Constructivismos conservadores y determinismos biológicos progresistas.....	57
Julieta Massacese	
“Construides y deconstruides”: movilización feminista, humanidades y conciencia política.....	79
María Inés La Greca	
Est/éticas rumiantes	
Una interpretación materialista de la condición poshumana.....	103
Eduardo Mattio	
Performatividad poshumanista: repensar la materia.....	131
Karen Barad	
Materia viva	
Pensando los test genéticos del embrión a la luz del feminismo materialista.....	177
Lucía Ariza	
Átomos queer y bacterias feministas.....	205
Mariela Solana	

**Bienvenidas al club:
feminismos, biología y malestar..... 227**
Renata Prati

**Sucesos placebo y antidepresivos:
una conceptualización materialista no reductivista..... 247**
Lu Ciccía

**El género como negatividad
Trazos heterodoxos para un materialismo queer..... 271**
Ariel Martínez

Madreselva editorial, invierno de 2024

Imagen de portada: Ernst Haeckel

Diseño de portada: Leandra Larrosa

Maqueta: Sofía Helena Fontana

Publicado por Cooperativa de Trabajo Madreselva Ltda.

www.editorialmadreselva.com.ar

ventas@editorialmadreselva.com.ar

LAS RAMAS DE LA MADRESELVA

Desbordar los pupitres

Sin pedagogía gorda no hay ESI

ANA FLORENCIA CARARO FUNES,

LAURA CONTRERA, IRIS LUZ

ORTELLAO Y JOSÉ NUÑEZ

Cortar cebollas

Un relato para pensar

el maltrato entre lesbianas

VITO BALSKY

No soy un bombero, pero

tampoco ando con puntillas

Historias de lesbianas en

argentina entre 1930 y 1976

ALEJANDRA SARDÁ

Y SILVANA HERNANDO

Cuerpos sin patrones

Resistencias desde las geografías

desmesuradas de la carne

LAURA CONTRERA Y NICOLÁS CUELLO

Tramas feministas al sur

CATALINA TREBISACCE,

DEBORA D'ANTONIO

Y KARIN GRAMMATICO

Sostenibilidad de la vida

Desde la perspectiva

de la economía feminista

CORINA RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ

Y FLORA PARTENIO

“La biología no es destino” es una famosa expresión de la segunda ola feminista que pone en primer plano el rechazo a las explicaciones biologicistas y la insistencia en el carácter social de la desigualdad de género. Este lema fue invocado también para afirmar que la teoría feminista ha sido recelosa de la biología entendida como vida y como disciplina que estudia esa vida.

En este libro nos hacemos eco del lema feminista pero no como un modo de alejarnos de las ciencias naturales sino como una invitación a explorar figuras que muestren el carácter contingente y dinámico del cuerpo y la materia.

Ahora bien, si la biología no es destino, creemos que tampoco el discurso lo es. De nada sirve multiplicar las imágenes de lo natural si vamos a seguir pensando que el discurso es solo lo que fija o detiene. Es por esto que entendemos a las ciencias como conocimientos situados: posiciones en debate que se hacen responsables de justificar sus afirmaciones.

Revalorizar las ciencias naturales no implicaría caer en posturas científicas como las que defienden los movimientos anti-género o los feminismos transexcluyentes. Tampoco, desentendernos del vínculo entre ciencia, discurso y poder. Proponemos dejar atrás el pensamiento maniqueo y echar un manto de duda sobre cualquier destino, ya sea natural o social.

*María Inés La Greca, Mariela Solana, Donna Haraway,
Julieta Massacese, Karen Barad, Eduardo Mattio, Lucía Ariza,
Renata Prati, Lucía Ciccía, Ariel Martínez.*



MADRESELVA

ISBN 978-987-3861-74-1



9 789873 861741